

ó nosotros salgamos de la ciudad.» Sale de su casa en mitad del día, envuelto en su capa, con el pelo y la barba ni muy cortados ni muy poco, y con las uñas artísticamente recortadas; baladrona por la plaza diciendo: «Ya no se puede vivir en la ciudad, á causa de los sicofantas;» y tambien: «¡Qué suplicio en los tribunales! ¡Tener que sufrir á esos malditos pleiteantes!» y: «Extraño que los hombres lleven su insensatez al extremo de pretender los cargos públicos. La muchedumbre es ingrata, y siempre se entrega al que mas ofrece y al mas pródigo.» Declara que se avergüenza de ver sentado á su lado en la asamblea á un ciudadano flaco y desaseado. «¿Cuándo dejaremos de arruinarnos, dice tambien, aceptando empleos onerosos y equipando triremes?» Segun él, la casta de los demagogos es una plaga detestable, y Teseo fué la causa primera de todos los males de Atenas. «Teseo, dice, fué quien reunió en la ciudad al pueblo de las doce aldeas, y quien destruyó el poder real; pero recibió el condigno castigo, pues fué la primera víctima de las iras populares.» Y esas razones, y otras del mismo género, las dirige á los extranjeros, lo mismo que á los ciudadanos que simpatizan con él en costumbres y sentimientos.»

## CAPÍTULO XXXII.

## Oradores del siglo cuarto antes de Jesucristo.

ISÓCRATES.—RETÓRICA DE ARISTÓTELES Y RETÓRICA DE ISÓCRATES.—ISÓCRATES ORADOR.—ISEO.—LICURGO DE ATÉNAS.—HIPÉRIDES.—DINARCO.—ALCIDÁMAS.—HEGESIPO.—DÉMADES.—FOCION.

## Isócrates.

Volviendo á los oradores, el primer nombre que hallamos es el de un varon que tal vez fué menos orador que Lísias, y con quien no pudo competir en fama ningun orador griego. Isócrates es, si se quiere, el sofista mas hábil, mas entendido y mas probo, pero siempre y en todo sofista, aun cuando abrumba de injurias á los sofistas.

Nació Isócrates en el año 436 antes de nuestra era. Sus primeros maestros fueron los sofistas Górgias, Pródico y otros. Sócrates, de quien tomó lecciones muy tardíamente, no pudo borrar de su mente la impresion de funestas doctrinas, y no consiguió hacer de él un filósofo ni un sábio. Fué toda su vida codicioso de oro, de placeres y nombradía, y á lo que parece, un político sin principios muy fijos, por no decir vil y mercenario. Aspiraba á la magistratura; pero la debilidad de su voz y la invencible timidez de su carácter le impidieron subir á la tribuna. Para indemnizarse de este inconveniente y para reparar los perjuicios que la guerra del Peloponeso habia irrogado á su patrimonio, abrió una escuela de elocuencia, y se metió á retórico, como diríamos nosotros; pero los griegos no tenian mas que una palabra para designar al retórico y al orador verdadero.

Llamábanle pues Isócrates el orador. Pronto tuvo numerosos discípulos. Escribía discursos sobre toda clase de asuntos, y particularmente alegatos; y mantenía una brillante al par que lucrativa correspondencia con los reyes de Chipre y Macédonia. Lecciones, discursos, cartas, todo se lo hacía pagar en dinero contante, y muy caro. Atesoró inmensas riquezas, de las que no siempre hizo muy buen uso. El extraordinario éxito de su enseñanza y de sus escritos le suscitó envidiosos, no solo entre los sofistas y los oradores, sino hasta entre los filósofos. Asegúrase que Aristóteles y Jenócrates no podían congeniar con él, y que este viejo cultilocuente les era muy insoportable. También se dice que Aristóteles parodiaba contra él este verso del *Filoctetes* de Eurípides: «Es mengua callar, y dejar que hablen los bárbaros.»

**Retórica de Aristóteles y retórica de Isócrates.**

Si Aristóteles no opuso escuela á escuela, ni escribió su *Retórica* hasta mucho tiempo despues de la muerte de Isócrates, no es menos cierto que se propuso en dicha obra reconciliar la oratoria con la filosofía, y arrancarla del basto empirismo en que la mantuviera Isócrates, á ejemplo de los sofistas sus maestros. Aristóteles hizo de la retórica una parte de la ciencia del hombre; fundóla, no ya en artificios y sutilezas, sino en principios elementares y universales. Demostró que el arte difería del artificio, y el definir la retórica una dialéctica de lo verosímil, una dialéctica popular y política, dió de ella la idea mas completa y satisfactoria que nunca han hallado los retóricos. Estableció la teoría del argumento oratorio y analizó profundamente las

ideas que explican casi todos nuestros juicios y determinaciones; describió las que llamamos costumbres con admirable exactitud y sagacidad; indicó, no menos acertadamente, los verdaderos caracteres del estilo oratorio, y no se ciñó, como tantos otros, á frases huecas y fútiles, ó á una interminable enumeracion de las figuras de pensamiento y de dicción. Según él, la lengua del orador es la lengua de la razón, y el mejor estilo es el que mas cosas nos enseña y el que nos las enseña mejor. Sin embargo, la *Retórica* apareció un poco tarde, y cuando estaba espirando la elocuencia política; por manera que los oradores á quienes preparara Aristóteles con sus lecciones, hubieron de enderezar á otras carreras su ambición y actividad. Con respecto á Isócrates, lo que enseñaba no difería de ningún modo de lo que le enseñaron los sofistas, y sus propias obras prueban que empleaba sin escrúpulo todos los artificios en que, según él, consistía el arte. Con todo, un fondo de honradez natural, la memoria de las lecciones de Sócrates, los ejemplos literarios de Platon, y finalmente, el sentido ático, que al parecer fué su cualidad mas apreciable, le preservaron de las aberraciones en que habían caído Górgias y los suyos: así es que los discípulos que salían de su escuela valían mas que los demagogos enseñados por los sofistas. Concíbese pues que no se tuviese por lo que realmente era, y que escribiese contra los sofistas un discurso donde está lejos de tratarles como hijo ó hermano.

Isócrates fué uno de los que mas se esforzaron para que los atenienses aceptaran la intervencion de los macedonios en los asuntos de Grecia, y para preparar la fortuna de Filipo y Alejandro. Siempre y en todas partes repetía que la

Grecia necesitaba un jefe. Dicese empero que murió de sentimiento el día que sepultaron á los muertos de Queronea. Verdad es que no era menester una emocion muy viva para matar á un anciano de noventa y ocho años.

**Isócrates orador.**

Isócrates es un escritor oratorio muy hábil, mucho mas hábil que Lisias. Escribia con extremada lentitud, y calculaba indefinidamente el peso de una larga ó de una breve, la dimension de una palabra, la redondez de un período. Quince años pasó, segun se dice, componiendo, limando y puliendo su *Panegírico de Atenas*, que no llega á cincuenta páginas, y no es una obra maestra.

Nada hay en sus escritos que tenga visos de elocuencia. Hállanse con frecuencia ideas exactas, hechos dignos de apuntarse para la historia, cosas bellas y buenas; pero con frecuencia tambien asertos muy refutables, ideas falsas, sofística pura, y en general, frases, palabras, y luego mas palabras y mas frases, y nada en el fondo. No valia la pena de que Isócrates se dedicase por espacio de quince años á perfeccionar el *Panegírico*, para dejar en él aquellas farronadas de viejo fátuo estragado por sus triunfos, aquellos retos á todos los críticos á encontrar algo censurable en su obra. Estamos convencidos de que todos los términos se emplean en el sentido ático mas puro, de que todas las palabras están en su lugar mas conveniente, y de que todas las frases son intachables, ya en cuanto al estilo, ya respecto á la armonía; pero este sábio arquitecto en vocales y consonantes parece que hizo muy poco caso del valor real de algunos de sus pensamientos. Hablando de la elocuencia

dice que tiene el don «de rebajar lo grande á los ojos de la opinion, de enaltecer lo que parece menos apreciable, de prestar á lo viejo las gracias de la novedad, y los rasgos de la antigüedad á lo nuevo.» Górgias lo habia dicho antes que Isócrates, y este lo repite formalmente: es como si nos previniese que no demos crédito á lo que va á contarnos, y que siempre entendamos lo contrario de sus palabras.

En el *Fedro*, Platon alaba altamente á Isócrates, y le pronostica los mas brillantes triunfos oratorios; pero el *Fedro* se escribió en una época en que Isócrates aun era jóven, y en que acababa de dar una prueba de valor, tratando de defender ante los Treinta á su amigo Terámenes. Platon conservó seguramente sentimientos de afecto por un hombre que se habia expuesto al odio popular llevando públicamente luto por la muerte de Sócrates; mas nos resistimos á creer que el autor del *Górgias* tuviese nunca por un grande orador al autor del *Elogio de Helena*. Ciceron, que habia celebrado los méritos de Lisias, no podia menos de extasiarse ante el escritor que era otro Lisias perfeccionado. Nosotros los modernos, por mas que, como lo hizo Tomás, recordemos las respetables autoridades de Platon, Ciceron, Quintiliano y Dionisio de Halicarnaso; por mas que recordemos tambien las dos estatuas levantadas á Isócrates, y la columna en que por remate colocaron una sirena, símbolo de su elocuencia; esta elocuencia no la vemos en ninguna de las obras de Isócrates, y nadie nos la hará ver jamás. No era Isócrates, á la verdad, una medianía, sino un hombre consumado en el arte de bien decir, aun cuando no decia nada; era, si se quiere, un artista eminente, con tal que pueda darse este título á un despreciador de la verdad,

á un sofista, á un hombre que pensaba muy poco, que aun sentia menos, y que apenas tuvo otra pasion que una vanidad egoista y el amor al lucro y á los placeres. Para juzgar á Isócrates basta leer el interminable preámbulo del discurso en que exhorta á Filipo á pacificar la Grecia, esto es, á subyugarla, y á volver contra el Asia las armas reunidas de todos los pueblos helénicos. Lo que ocupa principal y casi únicamente á este supuesto político y orador, es el temor de haber adornado quizás su estilo con todas las galas que quisiera Filipo; y hasta acaba diciendo con fingida modestia: «¡Si á lo menos mi discurso estuviese escrito con aquella variedad de número y de figuras que antes sabia yo usar, y que enseñaba á mis discípulos al mostrarles los secretos de mi arte! Pero á mi edad ya no se hallan aquellos giros.»

**Iseo.**

Rival de Isócrates como maestro de retórica, Iseo es mucho menos conocido. No se sabe dónde nació, ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Asistió á la escuela de Lisias, y Demóstenes fué discípulo suyo. Algunos le atribuyen la invencion de los nombres con que se designan las figuras de retórica. A no tener mas que esta gloria, no perderíamos el tiempo hablando de él; pero sobresalió en el foro, y los once alegatos que nos dejó, aunque relativos á materias de sucesion, son interesantes tambien para los que no se cuidan de las disposiciones del código civil de Atenas. En ellos se conoce al hombre de verdadero talento, que expone los hechos con claridad y precision, y discute las pruebas con estricta lógica, vigoroso en el ataque, vivo en la réplica, escritor de sencillez desnuda, pero lleno de en-

tusiasmo y persuasiva; no en verdad un grande orador, sino un perfecto abogado ático. Juvenal elogia la vehemencia de Iseo. Es probable que el Iseo del Juvenal no es el orador ateniense, sino el retórico Iseo, célebre en Roma en tiempo de los Antoninos; mas no importa: no fuera exagerado aplicar el cumplimiento al orador Iseo, y hasta literalmente. Lisias se vió reducido, por su condicion de extranjero, á no ser mas que redactor de discursos judiciales. Iseo fué mas propiamente lo que llamamos abogado: como Lisias, solia escribir para otros; pero á veces tambien hablaba en persona por sus clientes. Una de sus defensas mas notables es la que pronunció él mismo con motivo de la sucesion de un tal Nicóstrato, cuyos herederos eran muy jóvenes para hacer uso de la palabra. Los demás alegatos contienen cuadros de costumbres muy picantes; pero en aquel se halla el mas vivo é ingeniosamente trazado. Nicóstrato habia muerto en el extranjero, dejando algunos bienes, y solo tenia parientes colaterales. Véase cómo refiere Iseo los obstáculos que sus clientes han tenido ya que allanar, antes del pleito que contra ellos entabla Cariades:

«¿Quién no se afeitó la cabeza á la muerte de Nicóstrato? ¿Quién no vistió de luto, como si el luto hubiese debido hacerle heredero? ¡Cuántos parientes é hijos adoptivos reclamaban la sucesion! Pleiteóse en seis diferentes ocasiones por los dos talentos que la componian. Primero, un tal Demóstenes se suponía sobrino suyo; pero se retiró, cuando hubimos descubierto su impostura. Presentóse en seguida uno que se llamaba Telefo, pretendiendo que el difunto le habia legado toda su fortuna; pero renunció desde luego á sus pretensiones. Siguióle Aminíades, que presentó al ar-

conte un niño, diciendo que era hijo de Nicóstrato: el niño tenia menos de tres años, y habia once que Nicóstrato se hallaba ausente de Aténas! A dar oidos á un tal Pirro que apareció despues, Nicóstrato consagró sus bienes á Minerva, y se los legó á él. Finalmente, Ctésias y Cranao decian que Nicóstrato habia sido condenado á satisfacerles un talento, y no habiendo podido probarlo, pretendieron que Nicóstrato era su liberto, lo cual tampoco probaron.»

¡ Cuántos abogados necesitan aprender de Iseo á desechár todos los ripios, todos los adornos de mal gusto que deslucen sus alegatos, y particularmente la prolijidad, plaga de la elocuencia forense!

#### Licurgo de Aténas.

Hé aquí por fin un verdadero orador, un orador político, un repúblico. Llamábase Licurgo, y nació en 408 de una de las familias mas esclarecidas de Aténas. Fué discípulo de Isócrates, de quien no conservó ningun resabio en su carácter ni en su elocuencia, merced á las lecciones mas graves que despues recibió en la escuela de Platon. Distinguióse en edad temprana por su capacidad, y ejerció los cargos mas importantes y difíciles, administrando por espacio de doce años consecutivos la hacienda de la república. Hizo expedir leyes severas y casi draconianas para la represion de todos los abusos; exterminó á los foragidos que infestaban el Atica; activó la ejecucion de las grandes obras de utilidad pública, equipó tropas, aumentó la marina y abasteció los arsenales. Mandó terminar la construccion del teatro de Baco, y levantar estátuas de bronce á los tres grandes poetas trágicos, disponiendo que se depositase en

los archivos nacionales un ejemplar de sus obras. No tuvo Filipo un enemigo mas temible, ni los hombres vendidos á Filipo un perseguidor mas terrible, mas implacable. Acusado varias veces, triunfó de todos los ataques: su probidad, su valor y su talento salieron con nuevo lustre de todos los apuros. Fué uno de los oradores cuya cabeza pidió Alejandro despues de la destruccion de Tébas, y que se salvaron por mediacion del venal Démades. Dicese que se hizo llevar antes de su muerte al templo de la madre de los dioses y al senado para dar cuenta de su administracion. Solo un hombre osó levantar la voz contra él: Licurgo respondió victoriosamente á todas las imputaciones de aquel, y en seguida dispuso que le condujesen á su casa, donde no tardó en fallecer, á la edad de mas de ochenta años, y por los de 326.

Casi todos los discursos que dejó Licurgo eran acusaciones, en las cuales descollaba este magistrado íntegro, este hombre á quien apellidaban Ibis, ó destructor de reptiles. El discurso *Contra Leócrates* es el único que poseemos. Leócrates era un rico ciudadano que despues de la batalla de Queronea habia huido de Aténas; y Licurgo en nombre de las leyes, en nombre del juramento cívico, en nombre de los sentimientos mas sagrados, pide que Leócrates sea declarado traidor á la patria y castigado con el suplicio de los traidores. Nada mas enérgico ni mas duro que este discurso; nada que huelga menos á sofística y estudio. Por punto general, Licurgo se contrae á recordar ilustres ejemplos, á citar hechos históricos, textos de decretos, versos de algunos poetas inspirados; pero los versos de Homero ó Tirteo, las leyes antiguas, la historia entera, el heroísmo de los gran-

des ciudadanos, todo cae sobre la cabeza de Leócrates como un peso terrible. De vez en cuando estallan la ira y la indignacion, y acaban la obra de la dialéctica y del derecho: de suerte que despues de recordar el juramento que prestaban los jóvenes atenienses, Licurgo exclama :

« ¡ Cuánta generosidad, cuánta piedad en ese juramento! Leócrates ha hecho todo lo contrario de lo que juró. ¿Quién pues podrá ser mas impío que él y mas traidor á su patria? ¿quién deshonorar mas cobardemente sus armas, que negándose á tomarlas y rechazar á los agresores? ¿No abandonó evidentemente á su compañero y desertó de su puesto, el que ni siquiera quiso alistarse y presentarse en las filas? ¿Dónde pues habrá defendido todo lo mas santo y sagrado que hay, el que evitó todos los peligros? En fin, ¿de qué mayor traicion podia hacerse culpable ante la patria, el que la abandonó y permitió, tanto como estaba en su mano, que cayese en poder de los enemigos? ¡ Y no condenariais á muerte á ese hombre culpable de tantos crímenes! ¿A quién pues castigareis? » Y era un anciano septuagenario quien se expresaba con esa vehemencia.

Créese que Leócrates fué condenado ; pero Licurgo hizo inmolar á las leyes una víctima de mucha mayor consideracion despues del desastre de Queronea : era Lisicles, el general traidor ó inepto que mandaba á los atenienses en la batalla. Restan algunas palabras del discurso de Licurgo contra él, mucho mas duras aun y mas vehementes que las de la acusacion contra Leócrates. «Tú mandabas el ejército ¡ oh Lisicles! y perecieron mil ciudadanos, y dos mil cayeron prisioneros, y elévase un trofeo contra la república, y la Grecia entera queda avasallada ! Todas esas

desgracias sobrevinieron cuando acaudillabas á nuestros soldados ; y te atreves á vivir, te atreves á ver la luz del sol, á presentarte en la plaza pública, tú, padron de ignominia y oprobio para tu patria ! »

Dícese que Licurgo carecia de arte ; pero este defecto, si lo es, quedaba bien compensado por calidades que todo el arte del mundo no hubiera podido producir, por verdaderas calidades oratorias, por aquella elocuencia, en fin, de la que Isócrates y tantos otros no siguieron mas que la sombra.

#### Hipérides.

A Hipérides, que los antiguos consideraban como al primer orador despues de Demóstenes y Esquino, solo le conocemos por las autoridades de Ciceron, Quintiliano, y otros autores. No existe ningun discurso que pueda atribuirsele con certeza. Hipérides era, como Licurgo, uno de los adversarios mas acérrimos de los macedonios, de quienes pereció víctima. Despues de la batalla de Cranon, fué entregado á Antípatro, quien le mandó arrancar la lengua antes de matarle. Ensalzábese el orden y economía de los discursos de Hipérides, la eficacia de sus argumentos, la viveza y suavidad de su estilo ; pero Quintiliano observa que merecia particularmente ser tomado por modelo en el modo de tratar los asuntos templados.

#### Dinarco.

Dinarco de Corinto nació en el año 360, establecióse en Atenas cuando Alejandro pasó al Asia, y llegó á ser uno de los jefes del partido macedonio. Granjeóse fama de orador, y fué uno de los enemigos mas encarnizados de De-

móstenes. Mas adelante tuvo la dicha de ser contado en el número de los amigos de Focion, y de perecer, como él, víctima de Polispercon, indigno tutor de los hijos de Alejandro. Nos quedan de Dinarco tres discursos de acusacion, siendo el mas notable de ellos el que pronunció ante el pueblo ateniense contra Demóstenes, y del cual hablaremos mas abajo. Dinarco es vehemente y sentido, y su estilo no carece de colorido y vigor, por cuya razon le incluyeron los alejandrinos en la lista de los oradores clásicos, con todos los que ya hemos mencionado en este capítulo.

**Alcidámas.—Hegesipo.**

Otros nombres hay que merecen consignarse en este lugar, aunque no sea nuestro ánimo formar el catálogo de todos los hombres que en el siglo IV llevaron el título de oradores. Tal es Alcidámas de Elea en Eólida, discípulo de Górgias, y orador, ó mejor dicho sofista á lo Isócrates. Tenemos de él dos arengas de escuela, escritas sin mucha pretension. Tal es tambien Hegesipo, que trabajó con talento en la misma obra que Licurgo é Hipérides. Algunos le atribuyen la arenga *sobre el Haloneso*, produccion muy mediana y de mal gusto. Plutarco, empero, cita en los *Apotegmas* un dicho suyo que vale mas que aquella arenga, probando que Hegesipo era hombre de corazon y capaz de llegar á la verdadera elocuencia. Un dia en que hablaba con calor contra Filipo, un ateniense le interrumpió diciendo: «¡Pues no propones la guerra!—Sí, ¡por Júpiter! contestó Hegesipo; y quiero además duelos, entierros públicos, elogios fúnebres, en una palabra, cuanto nos debe hacer libres y sacudir de nuestras cervices el yugo macedónico.»

**Démades.—Focion.**

Los ocho oradores cuya cabeza pidió Alejandro con las de Licurgo y Demóstenes, no son conocidos mas que de nombre; pero Démades, el que mediante cinco talentos se encargó de ir á calmar el enojo de Alejandro, lo cual en efecto consiguió, dejó reputacion de hombre poderoso por su palabra, sino de bien. No escribia sus discursos. Tampoco escribia Focion los suyos, que no eran tan brillantes como los de Démades, pero que producian mucho mas efecto. Ponfase á estos dos oradores en paralelo con Demóstenes. «Conveníase generalmente, dice Plutarco en la *Vida de Demóstenes*, en que al abandonarse Démades á su carácter tenia una fuerza irresistible, y en que sus discursos improvisados sobrepujaban infinitamente las arengas de Demóstenes, con tanto cuidado meditadas y escritas. Ariston de Chios refiere un juicio de Teofrasto sobre estos dos oradores. Preguntábanle lo que pensaba de Demóstenes. «Es digno de su ciudad, respondió Teofrasto.—¿Y Démades?—Es superior á su ciudad.» Cuenta el mismo filósofo que Poliucto de Esfeta, uno de los que á la sazón administraban los negocios de Atenas, tenia á Demóstenes por un grandísimo orador, pero que Focion le parecia mas elocuente, porque encerraba mucho sentido en pocas palabras. Asegúrase que al ver el mismo Demóstenes que Focion se levantaba para hablar en contra suya, decia siempre á sus amigos: «Ya se levanta el hacha de mis discursos.» Pero ¿aludia Demóstenes á la elocuencia de Focion, ó á su reputacion de prudente? ¿No podia creer acaso que una sola palabra, una sola señal de un hombre que por su virtud ha merecido la confianza pública, produce mas efecto que una acumulacion de largos períodos?»